

PUERTO DE SAN PEDRO

No te lo puedes creer, ni yo mismo podría hacerlo sin no fuera porque estuve allí. Hace tanto tiempo aunque cada día va borrando un pequeño espacio del recuerdo hasta el punto de que ahora, no podría afirmar que todo lo que cuento sea verdad. O imaginado. O sentido pero no recordado; esto es, que se conserva en el olfato, el oído o la vista, como si se te agarrara en los tegumentos resistiéndose a desaparecer. A las neuronas del cerebro, a los músculos y los huesos, a las tripas. Pero, te aseguro que de alguna forma fue así.

18 de junio de 1995. Ella me abandonaría exactamente unos meses después; por eso me acuerdo. Pero yo no lo sabía por entonces, ni lo podía imaginar. Pero las cosas son como son y no te explicas por qué se tuerce el destino en un momento preciso y no otro.

A quién se le ocurre pasar un fin de semana junto al Pacífico en una casucha que parece abandonada: Puerto de San Pedro a una hora de coche. Los caminos embarrados y llenos de baches en los que no hay posibilidad de calcular la profundidad pues los cubre un agua fangosa procedente de la tormenta de la noche anterior. Sin embargo, el paisaje reluce, las plantaciones de maíz están brillantes y las palmas de los cocoteros escurren el agua que acumulaban.

Pasaremos el fin de semana en la playa. Si hace buen tiempo, hasta nos podremos bañar. El agua del Pacífico está caliente. La camioneta va sorteando baches y cocos arrancados por el viento que ahora reposan sobre el camino de tierra como si fueran las granadas de guerra. La tormenta. Cuando sale el sol entre las nubes, sube la temperatura. El brazo que apoyo en la ventanilla nota su efecto.

Hemos comprado palmito al indígena que lo oferta junto a la cinta de asfalto cuarteado, antes de tomar el carril que conduce hasta la playa negra. Acostumbrado a los frascos de cristal de los supermercados europeos, yo no lo había reconocido. Es un tronco que, a su vez, envuelve a decenas de tronquitos blancos y tiernos, como los que se extraen del bote de que hablaba; sólo que ahí ya están cocidos. Pasaremos todo el fin de semana comiendo el maldito palmito: palmito en ensalada, palmito a la brasa, palmito guisado o cocido. Y carne a la brasa.

El encargado de atendernos es un indio silencioso que se ha desplazado hasta allí desde un pueblo cercano, en compañía de su mujer y un niño. No sé cuánto le vamos a pagar. Lo primero que ha hecho ha sido poner en marcha al grupo electrógeno para que funcione el frigorífico que conserva la comida y mantiene frías las cervezas. Luego se ha subido a uno de los cocoteros con una agilidad increíble; utiliza los pies y las manos para trepar y consigue alcanzar los racimos de cocos en escasos minutos. Elige los más maduros y los derriba con un golpe certero del machete que lleva a la cintura. Los frutos caen con un ruido sordo sobre las palmas secas de años anteriores.

Rita, mi mujer, y Eva han entrado en la casa de ventanas sin cristales para arreglar de alguna forma el lugar donde dormiremos.

La india silenciosa les alargó una pila de sábanas y toallas, y ellas abren las maletas y ordenan las escasas ropas que llevamos. Hace un calor penetrante y pegajoso que apenas se atenúa en el interior de la estancia oscura, donde los mosquiteros protegen de los insectos que revolotean el exterior.

Camino unos metros sobre la pradera de jacintos de mar hasta alcanzar la playa. Me quito las zapatillas y me dirijo hacia la línea donde rompen unas olas mansas.

-Ten cuidado. No conoces esta playa.

En efecto, no la conozco. Por lo pronto tengo que volver a ponerme el calzado porque la arena arde bajo las plantas de los pies. Además, la resaca es potente y a los pocos minutos de estar al borde, te das cuenta de que estás enterrado hasta las rodillas y que el agua caliente como la de una bañera, te atrae mar adentro.

Juanito me hace señales para que salga; me dirijo hacia donde se encuentra. Ha tendido varias hamacas entre los troncos de las palmeras que rodean la casa y se ha tumbado en una de ellas. Cuando consigo salir del mar, mi amigo me espera con una botella de cerveza destapada. Es demasiado temprano para empezar a beber, pienso, y el líquido aún estará caliente pues el frigorífico aún no ha tenido tiempo para enfriarla. De repente recuerdo que he decidido dejar la bebida y la rechazo. He dejado de beber. Síndrome del abstinencia.

-¿A qué hora llegarán los otros?

-Creo que aún tardarán. No conoces a Ada. Siempre encuentra un motivo para retrasarse. Le encanta enredarse en tareas sin importancia de última hora. Es una impuntual crónica.

-¿Andrew lo tolera?

-Qué remedio le queda. Los he visto discutir más de una vez con ese motivo.

-Nunca creí que él se enamorara de una mujer negra.

-Espera a verla porque tal vez te enamores tú también. Ada es una de las mujeres más hermosas que he visto en mi vida.

-¿Sabe Eva que te gusta?

-Siempre niego que ninguna otra pueda atraerme más que ella.

Estamos tumbados sobre las hamacas. A través de las hojas de las palmeras, veo las nubes que pasan desde el mar hacia el interior sobre nuestras cabezas. Las cumbres del volcán Tecuamburro, a lo lejos, está tapada por una banda blanca. Estoy sudando. He puesto el sombrero sobre mi cara y ello me adormece. Escucho el croar de las ranas y el grito agudo de unas urracas de plumaje azulado que abundan en la zona.

No sé cuánto tiempo ha pasado. Abro los ojos y veo ante mí el rostro sonriente de Rita. Me ha quitado el sombrero que ahora tiene en la mano.

-Es hora de comer.

Parpadeo por la luz intensa que me deslumbra. Tardo unos segundos en recordar que me encuentro en una casucha junto al mar en el Pacífico guatemalteco. Me rebullo en la hamaca y me gusta. Intento besar a mi mujer pero ella se retira urgiéndome a levantarme.

-Vamos, perezoso –dice–; los otros ya están a la mesa.

-¿No vamos a esperar a Andrew?

-Nadie sabe a qué hora llegarán.

He aguardado mucho tiempo para volver a verlo. Demasiado. No sé qué me ocurre, pero la posibilidad de reencontrarlo fue lo que me movió a venir hasta aquí. En la vida pueden ocurrir tantas cosas que se hace difícil ordenarlas en la cabeza. El problema es ponerlas en su sitio; una detrás de otra. Se me agolpan los recuerdos

que, tal vez, ya no son verdad. Por demasiado remotos. Entre tanto, las experiencias y los años se fueron depositando unos sobre los otros; difuminan los sentimientos originales. Ya no somos iguales a como éramos en otro tiempo. Al menos, yo. Si volviera a beber, tal vez conservaría algún recuerdo de otros tiempos. La charla con Andrew durante largas horas en el bar de la Rue des Pierres, próxima a la Grand Place de Bruselas, ante unas cervezas. Luego nos fuimos a vivir a ciudades distintas, conocimos a otras gentes, nos empeñamos en distintos proyectos, y lo que parecía unirnos se fue disolviendo hasta el punto de que ahora, temo no reconocerlo. Qué se va a hacer. Posiblemente a él le ocurra lo mismo hacia mí. Sin embargo, algo se me ilumina en el pecho, justo detrás del esternón, como si se hubiera encendido una bombilla que antes no estaba.

-Vamos a comer –insiste Rita.

Me siento con los demás. Parecen estar muy animados ante la posibilidad de pasar todos juntos el fin de semana en la playa. Rechazo con un gesto de la mano la botella de cerveza *long neck* que Juanito me alarga. Me mira con cara de incredulidad; es la segunda vez que lo hago. Me sirvo un vaso de agua de coco de la jarra que hay en el centro de la mesa. Se empaña el cristal por efecto del hielo. Putas manías de abstemio reciente. Deprime. Como sin apetito.

Sobre la cumbre del volcán crecen los nubarrones. Se ha levantado una brisa que los transporta desde el mar que está cada vez más cubierto. Al tiempo, se riza la superficie donde se refleja el sol. Una fila de pelícanos vuela muy bajo en perfecta formación; aprovechan la arista donde rompen las olas para capturar alguna presa desprevenida. Al cabo de un rato el mar se tiñe de oro y las sombras se alargan. El sopor de la digestión bajo los cocoteros

se rompe por el grañido de las gaviotas. El sudor me corre por la espalda y me encuentro intranquilo ante el reencuentro con Andrew, después de tanto tiempo. Me sorprende preocupado por cómo me encontrará, pero no entiendo que también él pueda estar cambiado. Los recuerdos mantienen la realidad como fue en aquel momento, hasta que el reencuentro destroza la memoria. No quiero pensarlo. Me ha vuelto a tumbar en la hamaca y miro a Eva que duerme frente a mí. Es una mujer hermosa, Juanito es afortunado. Es lo último que pienso antes de volver a dormirme.

Comienza a llover. Como si los cielos se derrumbaran sobre nosotros. Me sobresalto y corro para guarecerme en la cabaña. Veo un todoterreno Cherokee que no estaba antes. Han debido de llegar. Entro en la cocina donde Andrew, de espaldas a mi, seca los cubiertos sobre el fregadero. Se vuelve y me mira de una forma especial. Lo encuentro bien aunque observo que la línea del arranque del cabello ha retrocedido. Su piel muestra un saludable moreno de surfista. Me ha puesto las manos en los hombros y me sacude.

-Mira, ésta es Ada.

Acaba de entrar. Juanito-Johnny me lo había advertido: no puedo evitar quedarme mirándola como si fuera una aparición. Es una mujer altísima pero bien proporcionada. Una gacela de piel oscura que me mira con unos ojos entornados como si analizara la situación. Lleva una pila de platos en las manos lo que dificulta que la pueda saludar. Comienza a sonreír y su gesto lo dice todo. Andrew me observa desde el fregadero como diciendo qué te parece, y yo debo tener cara de bobo mientras miro a la diosa negra.

Juanito ha entrado con una toalla en la mano.

-Vamos, sécate la cabeza; no te vayas a resfriar.

Ada tiene unas piernas infinitas y se desplaza por la estancia como si bailara un vals. Se me aproxima y me planta un beso en la frente. Es más alta que yo.

-Feliz cumpleaños –dice con acento caribeño.

-Eso será para Navidad –replicó.

-Es igual; para cuando llegue –y va y me besa en los labios.

Fuera, llueve a cántaros. Minúsculos riachuelos se han formado sobre la arena que conducen el agua que sueltan las palmeras hasta el mar. Suena un trueno lejano. El agua ha cambiado de color. Ahora hay olas imponentes que rompen contra la playa. Está muchos más crecida que cuando comencé mi siesta. Marea alta. La noche tropical cae de repente.

Alguien ha encendido velas. Están sobre la mesa y en los alfeizares de las ventanas pero el viento las apaga una a una con una columna de humo que asciende hasta el techo. Eva las vuelve a encender, pero es inútil.

-Me hubiera gustado dar un paseo por la playa a la luz de la luna –dice.

-Va a ser que no –dice Juanito que mira hacia fuera-. Esto no parece que vaya a amainar en un buen rato.

-Es igual; busquemos una solución alternativa –propone Rita.

-Podemos bailar –sugiere Ada-piernas-largas.

Aunque hace años que no bailo, me parece una buena opción. Así podré observar a las hermosas mujeres que nos acompañan. Andrew entra en la habitación secándose las manos. Se acerca a mí y me besa en la mejilla y luego en la otra, como en Europa.

-Feliz cumpleaños –dice.

Acepto la broma que iniciara su chica.

La india que nos atiende ha encendido la chimenea que hay al

fondo. Se maneja con habilidad y pronto las llamas chisporrotean. Eva coloca sobre ellas una parrilla.

-No ases la carne aún pues se ahumará; espera a que se formen ascuas.

Suena el llanto del niño a lo lejos. No nos movemos pero la indígena que viste un huipil multicolor, pide permiso para ir a ver que le pasa. Nos miramos los unos a los otros y nos encogemos de hombros como si la cosa no fuera con nosotros.

Alguien ha ido a por bebidas a la cocina. Johnny-Juanito regresa con seis vasos que sujeta metiendo los dedos en ellos. Luego distribuye los cubitos que trajo Andrew y comienza a verter *bourbon* sobre el hielo. Se vuelve hacia mí con una mirada interrogante antes de llenar el último.

Al diablo con mis anteriores propósitos. No voy a pasarme el resto de la velada tomando agua de coco. He elegido una mala ocasión para dejar la bebida, me digo. Le hago un gesto y tomo el vaso que me alarga. Dios, qué bueno me sabe el licor. Una oleada de calor desciende hasta mi estómago y me hace sentir vulnerable.

Me he vuelto a encontrar con Johnny-Juanito y eso me hace feliz recordando los viejos tiempos cuando Andrew aún no tenía cabida en ellos. Lo llamábamos así en la Universidad. Las mujeres se han retirado para arreglarse. Complicidad. Andrew sirve la segunda ronda que ya no me rasca el esófago. Juanito-Johnny se tumba sobre el sofá cubierto con una manta india y pone los pies sobre el respaldo mientras se mira los dedos que abre en abanico. En el fuego, la cazuela hierve y las llamas aún están altas. Andrew enciende la lámpara de queroseno que coloca sobre el chinero olvidándose de las velas.

La lluvia de fuera azota la vegetación. Se la escucha rebotar sobre el tejado como si lo fuera a hundir. Busco con la mirada goteras

en el techo de la estancia. El ruido enmascara el bramido de las olas sobre la playa cercana.

Luego se calma la tormenta. Se escucha gotear a las palmeras sobre los charcos crecidos. Me levanto y abro la puerta. Aspiro con ansia los elementos de la noche, el calor húmedo que desprende la tierra, el olor azufrado de la arena volcánica, la vegetación putrefacta, refilones de brisa marítima mezclados con los de la basura mojada del vertedero tras la casa, el sabor dulzón del licor que contiene el vaso que llevo a los labios.

-Cierra la puerta; esto se va a llenar de zancudos –advierte Juanito-Johnny.

-¿Zancudos?, ¿qué es eso?

-Así llaman a los mosquitos. Esta noche embadúrnate con repelente.

-Acuérdate como nos pusieron la última vez –dice Andrew.

No sabía que ellos habían venido a Puerto de San Pedro antes. No me han dicho nada. De repente, me siento excluido y ello me molesta.

-Vinimos a pescar el pez vela. Es una experiencia increíble –dice Johnny-Juanito-. No te la debes perder.

-Es una pena que tengas que regresar tan pronto.

-Peor para ti –dice el otro-. Al menos aprovecha de lo que queda.

-Eso intento –digo mientras apuro el vaso hasta el final.

Andrew rebusca en el aparador destartalado y encuentra un viejo radio-casette. Dentro de una bolsa de plástico que las protege de la humedad, localiza las pilas que adapta en el compartimento del aparato.

-Recordaba haberlas guardado ahí- explica-. Veamos si aún funcionan.

Aprieta la tecla y se pone en marcha. La voz desgarrada de Chavela Vargas suena distante y antigua en el altavoz.

-Quita eso; aún no estamos suficientemente borrachos.

Andrew ha cambiado el *casette* por otro.

-Algo viejo de Davis Bowie –anuncia, mientras rellena los vasos-. Lo siento; se ha acabado el hielo y ese viejo cacharro necesita tiempo para hacer más.

He estado excluido de las vidas de mis amigos durante demasiado tiempo. Ellos han construido las suyas y por eso me resultan ajenas. De repente me doy cuenta de que necesito estar con alguien cercano. Hace rato que no veo a mi mujer que se ha marchado con las otras.

-Rita –llamo.

-Déjala tranquila –aconseja Juanito-Johnny-. Seguro que se han puesto al día de sus cosas durante el rato que llevamos bebiendo.

Mi mujer aparece tras la cortina. Está resplandeciente. Se ha puesto un vestido de noche que le deja toda la espalda al aire. Luce un moño alto que estiliza el cuello. Mis amigos silban de admiración al observarla.

-No me extraña que la eches de menos -me dice Andrew que besa su mano exagerando el gesto.

Rita está realmente hermosa. Me levanto y la enlazo con los brazos iniciando un paso de baile inadecuado para la canción que suena.

-Estás preciosa –susurro a su oído.

-¿Te gusto? –pregunta coqueta esperando que yo repita mi admiración.

-Ya lo sabes –aspiro el suave perfume que despide su cuerpo y cierro los ojos mientras nos desplazamos por la sala.